

los resultados de sus sabias y previsoras disposiciones, al punto que, pocos días después, los soldados de Inglaterra alcanzaban triunfos decisivos en Egipto y sus naves se cubrían de gloria en los mares de Dinamarca. No por desilusión ó desfallecimiento, pues soltó Pitt las riendas del poder, que empuñaba con robusta mano; su bien entendido y acendrado patriotismo, su amor á la justicia, su fidelidad á la palabra empeñada con su asentimiento por el virrey de Irlanda, fueron los únicos móviles de su conducta. La estrechez de miras y el espíritu sectario de Jorge III, la hipocresía de unos y la envidia y deslealtad de otros, impidieron al insigne político dar cima á la gran obra de reparación que había meditado. Si se le hubiese permitido coronar con ella su afortunada administración, ¡qué de disgustos, violencias y contrariedades no habría ahorrado á Inglaterra!

Veamos ahora el rumbo que tomaron los sucesos en el valle del Nilo y en el Báltico, debido especialmente á las acertadas medidas del ministerio que acababa de caer.

En Egipto, Kleber, después de derrotar á los otomanos en Heliópolis, donde pelearon sus soldados uno contra seis, los persiguió hasta el desierto; se apoderó del Cairo, que opuso tenaz resistencia, y restableció la dominación francesa en todo el territorio. No es de presumir que, á pesar de sus brillantes victorias, se hubiese modificado su creencia de que era imposible conservar la colonia; pero, no atendiendo más que al cumplimiento de su deber, ordenó que se continuasen las obras de defensa emprendidas antes de la revuelta al rededor del Cairo, de Damietta, de Alejandría y en las costas; aumentó su ejército con indígenas, y puso en orden las cosas de la Hacienda. Merced á su celosa administración, revivieron la industria y el comercio. Por desgracia, andaba errante en Palestina un joven fanático, natural de Alepo, al atravesar por allí los restos del ejército del Gran Visir. Los padecimientos y desesperación de sus correligionarios le conmovieron hondamente, instigado por el Agá de los genizaros, al que comunicó sus impresiones, formó el propósito de asesinar al *Sultán de los franceses*, que era como llamaban á Kleber en Egipto. Firme en su resolución, Suleimán fué al Cairo, alojándose en la gran mezquita, donde estuvo muchas semanas; viendo, sin embargo, que no le era fácil llegar junto á Kleber, á pesar de seguirle á menudo, penetró cautelosamente en el jardín del cuartel general y se ocultó en una antigua cisterna abandonada. Desde este escondite, acechó el momento de consumir su nefasta hazaña, y en ocasión de estar paseándose el General con el arquitecto Protain, se le acercó en actitud de pedir una limosna: preparábase Kleber á atenderle, cuando, de improviso, arrojase Suleimán sobre él y le hirió repetidas veces en el corazón con un puñal. Kleber cayó al suelo á la violencia de los golpes, y expiró á poco, llorado de sus compatriotas y hasta de los árabes y egipcios. Era el catorce de Junio, el mismo día en que Dessaix, su compañero de glorias y trabajos, rendía su alma, no menos heroica, en las llanuras de Marengo: á ambos les arrebatara la vida el ciego acaso en mitad de su carrera, pero con la diferencia de que el uno, al morir, sella-

ba con su sangre el triunfo de las armas francesas, y el otro se llevaba consigo al sepulcro la última esperanza de los expedicionarios á Egipto.

Al vencedor de Heliópolis sucedió, por razón de edad, en el mando del ejército el general Menou, antiguo miembro de la Constituyente, cuyas pobres dotes militares había puesto en evidencia su campaña de la Vendée en tiempos de la República. Menou mostróse no sólo incapaz, sino ridículo: abrazó el islamismo para casarse con una mahometana, y se vistió á la turca; los oficiales no disimulaban su descontento; los soldados se burlaban de su General; se relajó la disciplina, y, para colmo de males, sus desacertadas medidas administrativas disgustaron profundamente á la población. En el entretanto, Inglaterra, en vista del fracaso de las expediciones turcas, había resuelto reconquistar á Egipto con fuerzas propias, y, para conseguirlo, ordenó al general Abercromby que, siguiendo la ruta del Mediterráneo, condujera quince mil hombres á las costas septentrionales de aquel territorio, mientras el general Baird, viniendo de la India, debía desembarcar otros siete mil en las orientales, reservándose á los soldados del Sultán la misión de sostener la acción combinada y simultánea de estos dos ejércitos. El primero en llegar fué Abercromby, que el ocho de Marzo desembarcó en la rada de Abukir bajo el nutrido fuego del enemigo, desmontando las baterías de la costa y tomando posiciones delante de Alejandría. El general Menou, que había necesitado diseminar sus escasas tropas para atender á la defensa del país en toda su extensión, le atacó el día veinte con ímpetu; pero sus fuerzas eran inferiores, y, rechazado y abatido con grandes pérdidas, no tuvo más recurso que encerrarse en Alejandría. Esta victoria, que costó la vida al general Abercromby, decidió de la suerte de la colonia francesa. Había ya en Egipto un cuerpo de ejército inglés; otro estaba para desembarcar; egipcios, árabes, turcos se alzaban contra los invasores; la derrota ó la evacuación era cuestión de tiempo.

El mismo mes de Marzo, en que tales acontecimientos se desarrollaban en Egipto, una flota inglesa se dirigía al Báltico, para colocarse en el centro de las escuadras de la Liga ó impedirles reunirse. Se había dado el mando de ella al viejo Parker, queriendo el Almirantazgo manifestar á Nelson de esta manera el desagrado que le inspiraba su carácter indómito y orgulloso; pero, aunque el héroe de Abukir iba como segundo, ejercía en realidad la jefatura. La flota rusa hallábase aún prisionera entre los hielos del puerto de Revel, y las de Suecia y Dinamarca no habían terminado sus preparativos. Nelson pasó los estrechos del Sund el treinta del citado mes, y el dos de Abril se presentaba delante de Copenhague. La entrada de este puerto está admirablemente defendida por la naturaleza, no siendo accesible y vulnerable la ciudad más que por el lado sur del paso Real, y para proteger este punto, se había formado con barcos viejos una especie de batería flotante, erizada de más de seiscientos cañones; en la costa, había hombres y municiones en número y cantidad bastantes para llenar todos los vacíos, y las naves dinamarquesas esta-

ban en un puerto contiguo, prontas á caer en el momento opórtuno sobre el enemigo, debilitado por el combate. Nelson, sin embargo, no acostumbrado á retroceder ante ningún género de obstáculos, se metió en el paso Real con doce navíos, yendo á colocarse, en medio de un fuego horroroso, frente á la flota contraria. Como siempre, fiaba el éxito de la batalla á su voluntad y á su genio. El haber encallado tres de sus navíos le impidió desenvolver toda su línea y obtener cuantos resultados esperaba. Los dinamarqueses disputaron obstinadamente la victoria á su terrible adversario, defendiéndose con intrepidez y sangre fría. Hubo un instante en que Parker, que contemplaba la acción desde lejos, mandó enarbolar la señal de que cesase el fuego, y como uno de sus oficiales se opusiera, contestó benévolamente: «Si Nelson cree que puede sostenerse, no hará ningún caso de mi orden, y si no es así, ésta le librá de la responsabilidad de la retirada.» Sucedió lo que había previsto. Nelson, tomando por testigo á uno de los presentes y haciendo que se miraba por el anteojo: «¡Que me condene, exclamó, si obedezco semejante orden! Juro que no veo la señal. Que pongan la mía de combate en lo alto del palo mayor para que nos batamos más de cerca.» A las cuatro horas y media de una lucha encarnizada, la mayor parte de los navíos de Nelson estaban desarbolados y acribillados de balazos, pero la batería flotante había sido destruída casi enteramente y la ciudad carecía de protección. Se parlamentó; y Nelson, que tenía motivos para no abusar de su triunfo, se contentó con imponer un armisticio á Dinamarca, la cual se apresuró á aceptarlo, porque, habiendo recibido la noticia del asesinato de Pablo I, temía que los ingleses fueran más exigentes si llegaba á su conocimiento.

La trágica muerte del Czar sorprendió á Europa: no obstante, se explicaba casi naturalmente, por la demencia en que cayera el Emperador y por las costumbres de Rusia, donde, como decía ingeniosamente Talleyrand, el asesinato era la forma de destitución que se usaba. Los caprichos y excentricidades de Pablo habían degenerado en verdadera locura. Receloso, violento, desconfiado, iracundo, desterraba á sus más fieles servidores con el más fútil pretexto y, en ocasiones, sin ninguno; aborreció á su mujer é hizo partícipes á sus hijos; y en especial al primogénito, de la aversión que por ella sentía, profiriendo contra una y otros en sus accesos de cólera amenazas de muerte; el pueblo de la capital gemía bajo su yugo no menos que la nobleza, y cuanto más cerca se estaba de él, ó más se gozaba de su intimidad, mayor riesgo se corría de ser víctima de sus sombríos furores. Su insania no era un secreto para nadie, y una caricatura popular le representaba teniendo en la mano derecha un papel con la palabra *orden*; en la izquierda otro que decía *contraorden*, y en la frente un letrero donde se leía *desorden*. El regicidio ha sido siempre contrapeso del despotismo: la historia de Rusia lo comprobaba é iba á demostrarlo nuevamente. Se formó, pues, un complot por iniciativa del vice canciller Panin, de que luego se hizo jefe el conde de Pahlen, ministro de la policía y gobernador de San Pe-

tersburgo, en que entraron oficiales y ayudantes de la guardia imperial y al que se unieron algunas personas que habían recibido ofensas personales del Czar, como Suboff, último amante de Catalina, el conde Beningsen y otros. Los conjurados enteraron de algo de lo que se tramaba á Alejandro, el gran duque heredero, pero diciéndole que sólo se quería nombrarle á él regente para que gobernara con su padre. La conspiración seguía su camino cuando, de pronto, Panin fué desterrado á Moscow y se supo, al mismo tiempo, que el Czar había llamado á San Petersburgo á Araktscheyew, el cual pasaba por ser fiel á Pablo como un perro y cruel con sus enemigos como un tigre. Los directores del complot comprendieron que había que concluir ó exponerse á la ruina, y entonces dijeron á Alejandro, se ignora si con fundamento ó sin él, que el Czar estaba resuelto á encerrarle en Schlusseburgo, á Constantino su hermano, en Petersburgo y á la Emperatriz en Cholmogor, y hacer, además, que se proclamase heredero del trono al príncipe Eugenio de Wurtemberg. Lograron con esto que el Gran Duque prestara su asentimiento para que se obligara al Emperador á abdicar, aunque les exigió promesa solemne de que no le causarían ningún daño. Ya no titubearon más, y el veinticuatro de Marzo por la noche, Beningsen y Suboff, guiados por el primer ayudante de Pablo, condujeron al dormitorio imperial á unos cuantos oficiales, que iban medio ebrios. Al ruido que hacían saltó el Czar del lecho, escondiéndose detrás de un biombo, de donde le sacó Beningsen. El Emperador trató de escaparse y pidió socorro; el príncipe Jaschwill se abalanzó á él; Pablo se defendió; lucharon á brazo partido y rodaron por el suelo: entonces se precipitó sobre el momentos antes omnipotente autócrata el lugarteniente Skelleret y lo estranguló con su banda. Alejandro, á quien fueron á buscar acto continuo, se quedó espantado; pero hubo de aceptar la explicación que le dieron, y al día siguiente recibió los homenajes de la corte, rodeado de los asesinos de su padre. ¡Misterios del despotismo!

La noticia del asesinato de Pablo I puso fuera de sí á Bonaparte, que vió inmediatamente derrumbarse con estrépito los gigantescos proyectos que había fundado en la amistad de Rusia. Sin tener aún ningún detalle del hecho, ni meterse á desentrañar sus causas, quiso echar sobre Inglaterra la responsabilidad del crimen, haciendo decir al *Monitor*: «Pablo I ha muerto en la noche del veinticuatro al veinticinco de Marzo.... La escuadra inglesa pasó el Sund el treinta y uno. La historia averiguará qué relación puede haber entre estos dos acontecimientos.» Y, en efecto, la Historia ha averiguado que la única que entre ellos existía era la que intentaba establecer el primer Cónsul con sus malévolas insinuaciones.

Muerto el Czar, la liga de las potencias neutrales se deshizo como la sal en el agua. La política europea había cambiado de faz en el espacio de veinticuatro horas, y Bonaparte, que no pecaba de tardo en sus resoluciones, dió, tratando de adelantarse á los sucesos, un decreto en que de hecho, aunque no oficialmente todavía, anexionaba el Pia-

monte á Francia, á pesar de los ofrecimientos brindados con tanta prodigalidad á Pablo I. Quejósse Kolytschef, embajador ruso, en nombre de su gobierno; pero se le contestó que el primer Cónsul estaba indignado con las faltas de consideración de que era objeto por parte del rey de Cerdeña, que no tenia paciencia para sufrirlas, que, además, nada había aun pedido ni decidido en definitiva, y, por último, que la primera condición de las promesas de Francia era la cooperación del imperio ruso en la guerra contra Inglaterra y que, antes de cumplirlas, necesitaba saber la República si el gobierno actual estaba dispuesto á desplegar en aquella empresa la misma energía que el anterior. También protestó Prusia, y á ésta se le dijo que Francia no tenia para qué discutir los asuntos de Italia con el rey Federico Guillermo.

No se engañaba Bonaparte al presumir que el advenimiento de Alejandro I al trono iba á modificar radicalmente la política exterior de Rusia. Esto no obstante, envió á San Petersburgo á Duroc, su ayudante de campo, para ver qué partido podía sacarse del nuevo Czar. Duroc fue bien acogido; mas, á su llegada, ya Alejandro se había trazado su línea de conducta. Uno de sus primeros actos había sido levantar el embargo que pesaba sobre las naves inglesas surtas en los puertos del imperio; después, declaró que renunciaba al gran Maestrazgo de la Orden de San Juan, aunque poniendo algunas condiciones tocante á la constitución de la Orden, que motivaron largos debates, y, á la sazón, mantenía activas negociaciones con la Gran Bretaña, para conseguir el acuerdo de las dos potencias en la cuestión batallona del derecho marítimo de los neutrales. Lo único que obtuvo Duroc fué que Alejandro desistiera de la pretensión de Pablo relativa al abandono de Egipto. Protestó, sí, el Czar de sus buenos sentimientos hacia el primer Cónsul y la República, pero dando á entender claramente que estaba resuelto á mantenerse neutral. Por lo que hace á Rusia é Inglaterra, las negociaciones entabladas condujeron al resultado apetecido, y el veintisiete de Junio se firmaba un tratado, á cuyo tenor Inglaterra se avenía á restringir el concepto de contrabando al comercio de armas, municiones y material de guerra y el de bloqueo al caso de ser éste real y efectivo, mientras Rusia se allanaba á la visita de sus naves mercantes por la marina real inglesa, aun yendo escoltadas por un barco de guerra, con lo que se restableció la paz entre los dos países.

En el intermedio, se había iniciado otro cambio mucho más interesante todavía para el bienestar del mundo entero; vientos también propicios á la paz soplaban á ambos lados del canal de la Mancha. Tan pronto como el ministerio Addingtón tomara la dirección de los negocios, exploró bajo cuerda las disposiciones del gobierno francés en punto á su deseo de terminar la guerra, y, enterado de que eran favorables, mandó una nota oficial al comisario francés Otto, que desde hacía años velaba en Londres por sus compatriotas prisioneros. Talleyrand contestó que el primer Cónsul estaba dispuesto, como siempre, á ajustar la paz, pero que, antes de abrir negociaciones oficiales, creía conveniente que

los dos gobiernos se pusieron de acuerdo acerca de las bases capitales. Otto fué investido de los poderes necesarios para recibir las proposiciones de Inglaterra, aunque se le encargó que guardara absoluta reserva; Hawkesbury, ministro de Negocios extranjeros en el Gabinete británico, no opuso reparos, de este modo; á primeros de Abril se pudo comenzar la discusión de las condiciones generales. En el curso de la guerra, al mismo tiempo que Francia se engrandecía en el Continente, la Gran Bretaña hincaba su garra en otras presas, si menos importantes al parecer, en cambio más fáciles de conservar. A los holandeses les había arrebatado la isla de Ceilán, el cabo de Buena Esperanza y la Guyana; á nosotros las islas de la Trinidad y de Menorca, y á los franceses la Martinica, Santa Lucía, las posesiones de la India, y finalmente, Malta, conquistada por Bonaparte; además, había fundado un Imperio extensísimo en la India. Verdad es que la bandera de la República flotaba aún en Egipto; pero la inestabilidad de ésta y las restantes posesiones francesas era tan evidente, que el plenipotenciario inglés no vaciló en proponer como base del futuro arreglo el *uti possidetis*, es decir, la consagración pura y simple de las respectivas conquistas, lo que hubo de rechazar el gobierno de París alegando los deberes que tenia contraídos con sus aliados; entonces se pensó en partir del *status ante bellum*, ó sea de la situación de las dos naciones antes de la guerra, mas observóse enseguida que cada cual se preparaba á interpretar la cláusula en su exclusivo provecho; desechándose, pues, ambos criterios, se declaró única regla admisible la derivada del principio de las mutuas compensaciones. No se cortaron con esto las dificultades; pues era arduo problema el ir equilibrando cada restitución ó adquisición con otra equivalente. Estaban, por otra parte, en litigio la cuestión de Portugal y la egipcia, y no tardó en verse que á nada práctico se llegaría en tanto no viniese á dirimir la contienda el hecho consumado.

Hemos dicho que Portugal era el único aliado que le quedaba á Inglaterra en Europa, sin contar á Turquía; pues bien, el primer Cónsul, persiguiendo simultáneamente dos fines, que eran abrirse paso á las fronteras de aquel reino y recabar la cesión de la Luisiana, renovó antiguas inteligencias en Madrid, y como encontrara eficaz apoyo en Godoy, que si continuaba alejado del poder no por eso tenía menos ascendiente que antes en Carlos IV y María Luisa, impuso á nuestra patria, halagando los sentimientos de familia de la reina, hermana del duque de Parma, con cuyo hijo había casado á una de sus hijas, el tratado previo de San Ildefonso, que se firmó el primero de Octubre de mil ochocientos y por el que se daba al duque de Parma ó las Legaciones ó la Toscana, á título de reino, prometiendo España, en cambio, á la República la Luisiana y seis navíos de guerra. El interés del país importaba poco, con tal que las afecciones de parentesco de María Luisa estuviesen satisfechas. Urquijo, secretario de Estado, debió contentarse con que no se estipulara expresamente la guerra contra Portugal, á la que la Reina habría prestado sin duda su consentimiento. Sucedió después que Godoy, trabajando por su-